



Las cenizas de la flor

Ángel Crespo

Los hititas

Hasta bien avanzado el siglo XIX, era bien poco lo que se sabía de los hititas (también llamados hetitas o heteos), y el más conocido de ellos era, sin duda, Urías, el marido de la bellísima Betsabé, a la que el rey David vio un día bañarse cuando se paseaba por la azotea de su palacio. Ya sabemos cuáles fueron las consecuencias del real capricho de poseerla: Urías, que demostró una dignidad ejemplar frente a los nuevos amantes, fue enviado al general Joab con una carta de David en la que se leía: "Poned a Urías en vanguardia, donde más recia sea la lucha, y retiraos de su espalda, para que sea herido y muera". Y así sucumbió a la vida, pero no a la memoria de los hombres, cuando asediaba la ciudad de Rabbá, Urías el hitita.

También se sabía que cuando murió su esposa Sara, Abraham se encontraba en Hebrón, que era tierra de hititas, y que uno de ellos, llamado Efrón, le vendió la caverna de Makpelá para que enterrase en ella a su difunta. ¿Quiénes eran estos hititas que admiraban al patriarca Abraham como a un hombre de Dios? Se ha tardado mucho, como ya sabemos, en averiguarlo, y el descubri-

miento de su civilización ha sido una de esas aventuras arqueológicas que valen por sí mismas un libro apasionante. No voy a contarla porque es demasiado larga y complicada para resumirla en pocas palabras, pero ¿cómo no recordar a Burckhardt, el explorador suizo que, disfrazado de árabe, descubrió y no supo reconocer el primer jeroglífico heteo, y al inglés Wright, que publicó en 1884 el primer libro —lleno de proféticos errores— sobre el misterioso pueblo?

Durante el siglo transcurrido desde entonces, los descubrimientos sorpresivos y deslumbrantes se han sucedido casi sin interrupción. Los hititas crearon el primer gran imperio de la historia y llegaron a dominar casi todas las tierras de la actual Turquía y buena parte de las sirias. Eran indoeuropeos y su lengua estaba emparentada con las célticas y las itálicas; una lengua en la que escribieron unas leyes que hicieron de su reino la primera monarquía constitucional de la historia, muy anterior a las demás, y cuyo símbolo —después insignia de tiranos— fue el águila bicéfala. Y sabemos también que su imperio fue fruto de más negociaciones que batallas.

En el siglo XVII A.C., los hititas fundaron, no lejos de la actual Ankara, su capital, a la que dieron el nombre de Hattusas y a la que rodearon de un imponente cinturón de murallas. Pero las obras de los hombres ceden ante las del destino, y estos dominadores de la antigüedad desaparecieron tan misteriosamente como habían aparecido, pues en el siglo XII A.C. su imperio sucumbió, no se sabe a manos de qué tribus bárbaras y sedientas de destrucción.

Los españoles, demasiado ocupados, hace un siglo, en la liquidación de nuestro imperio y, posteriormente, en la que parecía que iba a ser nuestra propia y general liquidación, no aportamos nada al conocimiento de aquel pueblo cuyos descendientes llegaron a ser vasallos del minúsculo pero destinado reino de Israel después de que sus reyes habían tratado de igual a igual a los poderosos faraones de Egipto. Lo uno y lo otro son efecto de las misteriosas fuerzas que dirigen a la historia y a las veleidades de la memoria de los hombres. Sólo hace unos años, en 1979, nuestra cultura ha aportado algo más que un grano de arena al conocimiento de los

hititas cuando la Editora Nacional publicó, los *Textos literarios hetitas*, traducidos y editados por Joaquín Bernabé.

Estos textos poéticos hablan de dioses que nos recuerdan a los griegos porque eran muy parecidos a los hombres. El principal de ellos era Tesub, el dios de la tempestad, al que los heteos representaban caminando sobre las montañas y cuyo carro era arrastrado por dos toros llamados Hurri y Seri. Pero había muchos más: Hebat, esposa suya y divinidad del sol; Kumarbi, quien, según el *Canto de Ullikummi*, "va tomando sabiduría en su mente y la va ensartando como a una cuenta de collar", y del que el anónimo poeta dice que "en sus pies, como zapatos, se calzó los raudos vientos"; y el propio Ullikummi, un monstruoso gigante de piedra basáltica que desequilibró el mundo con su peso hasta que fue destruido por Tesub... Y otros y otros, porque los hititas, como los griegos y los romanos, eran muy generosos en materia de religión.

No hace mucho tiempo que el erudito Jim Hicks publicó en los Estados Unidos un libro sobre los hititas, lleno de datos interesantes y profusamente ilustrado. Hojeándolo, he vivido aquella civilización a la que siento tan cercana a mí como la griega y la egipcia, y casi tanto como la romana; y no porque pueda

—que no puedo— saber de ella tanto como de las otras tres, sino porque en dicho libro hay unas fotografías de la Anatolia —tierra primero hetea y sucesivamente helénica y romana— que contrasta maravillosamente con mi cotidiano paisaje tropical: frente a la vegetación que no deja ver al mundo, un mundo en el que la vegetación es discreta alfombra de hierba o trigal dorado; frente a los plumeros pomposos del bambú y la masa monótona del mango y toda la demás frondosidad aguanosa, ese árbol que mueve la hoja ¡y algo se le antoja! de que habla nuestro poeta y que lo mismo puede ser un álamo que un olmo, un plátano que un castaño, una encina que un roble... árboles, sí, poéticos y antojadizos que leña para su frío a los fundadores, ya casi míticos, de nuestra alma...

¿Qué pensaría el erudito Hicks si supiera que lo que más me ha impresionado de su libro han sido unas fotografías incluidas en él con fines seguramente más comerciales que científicos? Si es un sabio, me comprendería y aprobaría; si no es más que un erudito, no me ofendería nada de lo que pudiese pensar de mi intuición poética —y, por lo tanto, probablemente verdadera— de los adoradores de Tesub y de los árboles a cuya sombra escribían sus mitos y sus himnos.

Re-lecturas

¿Mi libro preferido?

¿Mi libro preferido? Tengo dos divisiones en mis bibliotecas. Una de libros elegidos por mí. Otra de los que mandan.

En la biblioteca del dormitorio y junto a la mesa donde escribo, están los primeros. Los toco con cuidado y nunca los dejo a nadie. De ellos entresaco algo que se diferencia del resto de sus páginas y lo dejo conmigo.

Podría citar frases, versos que atrapó la memoria del sentimiento.

De los Clásicos quedó la cicatriz, el "poso", y aunque pase el tiempo, no dejan de estar en mí, en los que gustan de recordar.

De los contemporáneos, pienso lo mismo, unas páginas ya no se irán nunca de nosotros; otras, siendo igualmente buenas, vuelan alrededor de las anteriores. Viajan desde Platón. Del primero, como todo el mundo sabe, sus sonetos inigualables, me acompañan; del filósofo, sus diálogos...

No voy a dar nombres de autores. Sería amargo que sin proponérmelo omitiese alguno.

Admiro la poesía joven, hay



gente muy buena apuntando al éxito. Y por hablar de todo un poco, diré que hay algunos llamados "trepas" que se dan mucha maña para "subir" y autoelegirse hasta llegar a convencer de

sus óptimas cualidades a escuchadores ingenuos. Mas la sencillez, la sinceridad, el buen hacer afloran rápidamente. Las palabras rebuscadas, con diccionario en mano, al final son descubiertas.

Antes, en mi juventud, y según en qué cerebros de escayola provinciana, estaban mal vistas muchas cosas, y entre ellas que alguna madre de familia, desperdiciando el tiempo "hogareño" escribiese versos... Recuerdo una anécdota que ahora me hace sonreír amargamente. Un conocido explicaba, "fíjate si estará loca esta chiquilla que hasta escribe versos". Quién tuviese esos años y esta época al lado. A más de uno le hubiese dado un sonetazo en los riñones... Pero yo seguí con mis libros, mejores, o, peores, con la necesidad inaplazable de decir, a mis queridos, escribiendo versos.

¡Ay cuántos versos de poemas admirados connotaría ahora! Cuántas novelas. Pero ¿mi libro preferido? Creo que es el que aún no he publicado.

Eduarda MORO

De DISPARE

algunas humoradas pancartas

Futuras Madres
den a luz
por...
la derecha.

EL CORTE INGLES
EL PRIMER CORTE
DE...
ESPAÑA.

Señoras
no se "alesbian"
solas.

Peatón
aunque seas español
en carretera
circula por la...
...izquierda.

¡ESPAÑOLES!
Seamos Europeos
pero no...
Europedos.

Atención señoras:
a un Kilómetro
DESPEÑA - SUEGRAS.

